

¡Por favor, una revolución!

Con la desenvoltura familiar á su edad y á sus funciones, el mensajero del telegrafo entró en la portería del hotel de los *Trois-Carpeaux*, en el barrio latino, y preguntó:

— El señor Carlomán?

— No está — replicó el padre La Cocarde, portero del establecimiento — pero déjale el despacho y se lo dare cuando venga. Cogió el papelito azul é iba á ponerlo en la casilla de su inquilino, entre su palmaria y sus llaves, cuando la dirección atrajo sus miradas:

— A Su Alteza Real el Príncipe Carlomán. Hotel de los "Trois-Carpeaux". — París.

— Francia.

El padre La Cocarde no podía creer lo que veía. ¡Cómo! Aquel estudiantillo del piso tercero á quien llamaban el *rastaquouère*, era un príncipe? La emoción sofocaba al pobre hombre, y cuando regresó Carlomán se precipitó á su encuentro y le dijo, inclinándose con esa gracia particular de los porteros y de los acreedores:

— Dispóngase Vuestra Alteza Real; pero hay un telegrama para Vuestra Alteza Real.

Carlomán frunció las cejas, rompió la faja y leyó:

— Su Majestad el Rey vuestro padre ha muerto. El automóvil real ha caído en un precipicio. — Vladimiro, primer chambelán.

— Padre La Coca — dijo Carlomán.

— Me voy esta noche. — ¡Cómo! ¿Nos dejá Su Alteza?

— Ay... Es pro... — Soy rey.

— ¡Ay! Esta vez no pudo el padre La Cocarde soportar la emoción

que le causaba aquél título prestigioso. Tuvo que sentarse, murmurando:

— Ah, Señor... Señor...

— Repóngase usted, que no es eso tan agradable como parece. El reino de mi padre, la Alta Croacia, está situado en el último rincón del mundo y es tan pobre, que apenas pudieron los ministros conseguirme un crédito para hacerme instalar en París. Es la miseria dorada.

Carlomán tomó el primer *express* trans-europeo, y cuarenta y ocho horas después llegaba á su capital, donde el destino lo llamaba á reinar.

Ningún recuerdo alegre conservaba el príncipe de aquella ciudad ni de su castillo, que parecía un fuerte de ópera cómica. Sus días felices databan de París, y ese regreso á la tierra natal se parecía á un destierro.

Terminadas las ceremonias, el príncipe Carlomán, convertido en Demetrio VII, llamó á su primer ministro y le dijo:

— Quisiera ponerme al corriente de los asuntos públicos.

— Pocos son este año. Para pagar los intereses de un crédito, ha sido necesario contratar otro.

— No poseía mi padre fortuna personal.

— Eso sí. El rey vuestro padre es el

único de sus súbditos que consiguió hacer fortuna; pero era muy avaro y su dinero, cincuenta millones...

— ¿Eh? ¿Qué dice usted?

— ... Cincuenta millones... está colocado en bancos franceses. El difunto rey empleaba la marina de guerra en hacer la trata de negros, y tenía ricas propiedades en el centro de África. El Estado pagaba los gastos y él se embolsaba los beneficios.

— Y sus súbditos no decían nada?

— El rey conocía un excelente medio de hacerlos fáciles de gobernar. Les vendía opio y morfina á vil precio. Dicho sea con el respeto debido, todos los súbditos de Vuestra Majestad están hoy día completamente embrutecidos.

Carlomán se quedó un rato pensativo y se hizo la reflexión siguiente:

— No tengo empeño en ser rey, y desde el momento que soy rico, voy á abandonar mi dulce patria á su triste suerte.

Pero cuando habló de abdicar, sus ministros pusieron el grito en el cielo:

— Señor — dijo el primer ministro — no piense Vuestra Majestad en ello. No puede alejarse sin el consentimiento del emperador, vuestro poderoso vecino, que no lo dará jamás.

Demetrio se aburría soberanamente en su capital; pensaba en los camaradas dejados en París, y en las interminables partidas de malita. Se acordaba también de su amigo Castadé, fogoso meridional, gran admirador de la Revolución y que no soñaba más que con barricadas. Demetrio se dió un golpe en la frente con el índice, lo que significa en griego antiguo: "¡Ya lo halle!"

Hizo ir á Castadé á la corte.

— Amigo mío — le dijo — quiero pedirte un gran favor. Estoy hasta los pelos del oficio de rey, y me está prohibido abdicar. Sólo una cosa puede salvarme: la revolución! Y puesto que tú eres revolucionario, revolucionaria mis estados. Te doy carta blanca.

— Mucho te agradezco que te hayas acordado de mí — dijo Castadé en un arranque de reconocimiento. — Pero — agregó inmediatamente — supongo que no me harás fusilar ni me meterás en la cárcel.

— ¿Por quién me has tomado? replicó Demetrio ofendido.

— Pues, convenido. Te voy á hacer poner de patitas en la calle. Pero, por tu parte, tienes que hacer mala política.

— No te quejarás.

Castadé puso manos á la obra. Aconsejó al rey medidas vejatorias y nuevos impuestos. Organizó bandas de *hommes sandwich*, que, bajo pretexto de propaganda, llevaban un uniforme tornasolado; pero que no eran más que regimientos muy bien disciplinados que hacían por la noche el ejercicio en cuevas. Esos soldados de nuevo género llevaban fusiles

